



Don Prudencio

Fué gitano de corazón porque lo llevaba en la masa de la sangre; y su norma de conducta la redujo a poner buena cara a todo el mundo, no contradecir a nadie y amar sobre todas las cosas su propia conveniencia.

Como la entereza de carácter religioso no le permitía una vida ancha y regalada, sino que por el contrario le proporcionaba sacrificios y molestias, optó por contemporizar y transigir, sino con el demonio por ser cosa demasiado fea, al menos con el mundo y con la carne, ya que lo veía él muy puesto en razón para sacarle a la vida todo el partido posible.

Como nuestro hombre tenía una salud a prueba de bomba y esperaba vivir más que el mismo Matusalén, echó en saco roto el negocio de la salvación del alma; y no dando importancia a aquel pasaje del Santo Evangelio, que afirma terminantemente la imposibilidad de servir a dos señores, se aplicó como buen componedor a plantear un arreglito para ir tirando en el mundo.

Yo, decía, puesto que tengo dos pies, dos ojos, dos oídos y dos manos, puedo resolver el difícil problema de repicar e ir al mismo tiempo en la procesión, poniendo un pie en la iglesia y otro en el cine; un ojo en el periódico católico y otro en el liberal; aplicando un oído al *couplet* y otro al sermón; una mano a la caridad y otra a la caja de reptiles, pues sería una imperdonable bobería, no saber contemporizar ni transigir en los tiempos que corremos.

Si alguien afeaba su conducta, diciéndole que el tal proceder no era ni cristiano ni formal, al momento tronaba descompuesto contra todas las intransigencias y contra todos los radicalismos, defendiendo la bandera de la prudencia de la carne, que es blanca por un lado y negra por otro, indicando con esto que a sus seguidores, con tal que no les perturbasen la digestión, tanto les importaba tener ideas de todos colores como de ningún color.

Con éste criterio y administrando bien su sagacidad y astucia natural, fué trampeando hasta los cuarenta años; más he aquí que un día, cuando contaba ya con bienes suficientes para darse una vida cómoda y holgada, llama la muerte a su puerta, lo coge *in fraganti* y lo planta en el vestíbulo del tribunal de San Pedro.

Los apuros para él en aquella hora fueron verdaderamente grandes, pues al mirarse en el claro espejo de su conciencia con el fin de ver si estaba presentable, advirtió que llevaba el rostro como el alma mitad pintado de negro y mitad de blanco, siendo todas sus trazas las de un verdadero payaso de circo.

Pero lo que agravaba el caso en aquellas circunstancias era, que el tiempo urgía y se acercaba el momento de comparacer ante el tribunal; y pomas que se frotó la cara con las manos ni pudo quitarse la tinta ni el albayalde, no quedándole otro camino que presentarse como estaba al llegar el turno y resignarse a las consecuencias.

Entró a su tiempo y cuando lo vió

San Pedro, estuvo a punto de soltar el trapo, puesto que ni cuando andaba por las riberas del mar de Galilea había visto figura tan extrambótica, pero conteniéndose por razón del cargo le preguntó.

—¿De dónde procede V.?

—De la tierra.

—¿Es usted hombre?

—Para servirle en todo.

—¿Cómo se llama?

—Prudencio.

—¡Ah!, ¿con que usted es el de los dos pies, el de los dos ojos, el de las dos orejas y el de las dos manos?

—Justamente.

—¿Y no llegó a pensar nunca que sólo tenía un alma y que era imposible salvarla, queriendo servir a Dios y al mismo tiempo al mundo?

Al oír esto Don Prudencio y verse cogido, se estremeció de espanto y no pudo contestar.

Entonces San Pedro, dando principio al juicio, mandó a un ángel que leyese la vida del reo y como todas sus obras le condenasen, aquella lectura provocó en el rostro de Don Prudencio un sudor tan copioso y extraño y él empezó a enjugarse a mano la cara con tan poca discreción, que cuando terminó la relación de su vida estaba transformado en un verdadero negro de Etiopía.

Mandó entonces San Pedro que trajesen un espejo y haciendo que se mirase en él, le dijo:

—¿De qué color tiene la cara?

—¡Negro! ¡negro!

—Pues largo de aquí, y al infierno con su compadre Rabudo que ahí fuera le aguarda.

¡Por Dios!.. ¡San Pedrol..

—Prudencio, prudencia ahora, y a contemporizar por toda la eternidad con Pedro Botero.

José Maciá.

Paz a los hombres

(CUENTO)

Acababa de cerrar la ventana, adonde había estado asomado un rato, y se disponía a acostarse cuando le pareció que alguien palpaba por fuera de la puerta del cuartucho.

—¿Quién va?—gritó, y al mismo tiempo se lanzó a abrir.

En la sombra, toda avergonzada y encogida, hablaba una vieja.

—¡Perdone usted!.. Me equivoqué de puerta.... Sube una rendida este condenado sexto piso...., y como es tan tarde y apenas si llega aquí la luz de la escalera.... y veo tan poco, me he confundido....

—¡Ah! ¿Vive usted aquí?—preguntó el obrero; porque obrero era el que estaba asomado a la ventana y se iba a acostar.

—Sí, señor, aquí vivo: en la buardilla número 7.... ¿Y ésta es...?

—La 12—añadió el obrero.

—¡Pues no me he equivocado en nada!—Exclamó la vieja—¡Vágame Dios!.. Sabe usted, vengo tan tarde (ya deben de ser más de las diez, ¿verdad?) porque me han convidado a cenar en una casa muy buena y muy religiosa.

—Y habrá cenado usted bien—dijo malicioso el obrero.

—¡Ya lo creo!—afirmó la vieja.—¿Cómo se cena en la noche bendita de Navidad!.. Verá usted....

Y sin prisa para retirarse a su número 7, animándose a medida que avanzaba en su sibarítica relación, iba describiendo la sopa de almendra, y la fuente de cardo, y el sabroso besugo, y los pastelillos, y el turrón, y las frutas....

—Pero ¿por qué estamos hablando aquí y de pie?—la interrumpió el obrero, al que no desagradaba por completo la tertulia que se le ofrecía de improviso.—Pase usted a mi cuarto, y siéntese y descanse.

—¿A estas horas?—opuso la vieja.

—¿Qué tiene que ver?—insistió el obrero.—Un rato de conversación en Nochebuena a todos sienta bien.

—No quisiera estorbar....—murmuró ella, traspasando el umbral.

En las dos únicas sillas de la pequeña estancia se sentaron los dos.

—Y usted, hijo, ¿ha cenado?—preguntó ante todo la mujer.

—Sí, cené ya en la taberna,—contestó el otro.—Solo que esta noche tabernas y cafés lo cierran antes, y aburrido y cansado, me retiré más pronto.

—¿Y vive usted solo?

—Solo.

—¡Pobrel!.. ¿Se llama usted..?

—En el pueblo me llamaban Juancho; aquí mis compañeros me llaman de cualquier manera.

—¿Y tiene, usted, padre?

—Sí.

—¿Y madre?

—Sí.

Como un niño iba contestando el obrero a aquel derroche de preguntas; como un niño se dejaba instintivamente examinar y acariciar por aquella voz inofensiva y dulce. ¡Oh! ¿Cuánto tiempo hacía que nadie se había interesado así por él!

—Pues teniendo padres, por qué se fué de ellos?—inquirió la vieja.

—Me cansaba de la vida del pueblo—dijo él.

—¡Le cansó a usted la vida del pueblo teniendo madre!.. Es usted malo para ella y para usted... Pero, perdone, le estoy hablando como si yo tuviese algún título para juzgarle, y acaso le ofendan mis palabras...

—No, no me ofende; al contrario...—dijo el obrero.

Y era verdad que aquellas frases de sincero reproche no le ofendían; antes bien, le eran un sedante y una consolación. Porque él, aunque obstinado en su rebelde independencia, también sufría en lo más escondido de su alma, y, como aquel otro hijo pródigo, podía muy de veras decir: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen de sobra el pan y yo aquí muero de hambre!»

—Y en esta noche de Navidad—siguió la vieja hablando,—en esta noche de paz y de abundancia y de alegría, en que todos tenemos a unas migajas siquiera de felicidad, en esta noche, ¿no se acuerda usted de los suyos como yo me acuerdo de los míos?...

—¡Ya lo creo que me acuerdo!—suspiró Juancho.—Hace poco, cuando usted llegó a mi puerta, estaba pensando en todo lo que me dejé allá lejos, y, asomado a la ventana,

se me ocurría que las mismas estrellas que miraban a mí, solo y perdido y triste en esta ciudad grande y cruel, estarían mirando también la apacible y risueña fiesta de familia... de mi familia.

—¿Usted cree que era risueña y apacible, pensando cómo estará pensando la madre, en el ausente?—preguntó la anciana.

Juancho, sin contestar, se levantó de la silla, y para evitar la ruda emoción que le subía a la garganta y a los ojos, se puso a mirar a través de los cristales de la ventana.

La buena mujer, comprendiendo aquel estado de alma, caló durante un rato.

—¡Pobre Juan!—exclamó ella al fin... La vida es dura y es amarga de suyo, y nos empeñamos en hacerla más pesada, más cruel aún... Yo vivía feliz en mi pobreza.

Y la mujer iba recordando en voz alta sus años jóvenes, sus años de madre, sus años de soledad; evocaba tristezas y alegrías, risas y llantos; y todas sus palabras eran un himno sencillo y balbuciente a la providencia paternal de Dios, que nunca abandona a los que en Él confían.

El obrero se había acercado a ella y la escuchaba conmovido y en silencio, como si estuviera oyendo la voz amada de la madre, la voz que hacía surgir en su memoria días de infancia, días de felicidad, días de nido.

—¡Pobre Juancho!.. Pero le estoy entristeciendo, y esta es noche de gozo... No me oiga usted a mí; escuche a las campanas de las iglesias, que tocan a regocijo y a bendición... Debe de ser ya cerca de la media noche—añadió, poniéndose en pie.—Me marchó... Le voy a traer de mi cuarto algo de colaciones: un poco de turrón del que las buenas almas me han dado... Admítalo usted como si fuera su madre la que se lo ofreciese... De seguro que en la taberna no habrá comido usted cosa tan dulce.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!..

Y tan pronto como marchó la anciana, corrió Juancho al ventanuco, lo abrió de par en par, se arrodilló cara a los cielos, dejó que su emoción se desbordase, oró con retazos de olvidadas plegarias que aprendió de niño.

Las campanas de todas las torres.

tocaban a gloria. Los luceros miraban al pródigo, lo miraban con luz blanca y suave. Y desde el desamparo del portal en que nacía, le enviaba su paz el Redentor del mundo, paz todos los años en la Nochebuena para los hombres de buena voluntad.

J. Le Brun.

Uno de tantos

Pues, señor (y no va de cuento), era mi hombre un revolucionario de tomo y lomo, charlatán a lo sacamuelas, blasfemo como un carretero, irreligioso hasta el ateísmo, según él decía: clerófobo, impío, soez, cínico y rojo, en una palabra, tanto o más que un pimiento riojano. Semejante aborto del infierno tenía, sin embargo, dos buenas cualidades, pues era buen marido y buen padre, como si dijéramos un demonio fuera de su casa y un santo varón dentro.

¿Es esto posible? En absoluto, no; bajo cierto punto de vista, sí. La verdad es que estaba perdidamente enamorado de su mujer e hijo único, y como el amor ablanda tanto, la fiera no rugía en el hogar doméstico, reservando todo su coraje para los clubs, los ateneos y la prensa.

La mujer de nuestro héroe era cristiana ferviente y piadosa en alto grado, contraste que le hacía orar a todas horas por la conversión de su marido, mientras temblaba por la suerte de su hijo. Cristianamente educado fué el niño en el regazo materno, hasta que cumplió los nueve años.

Nuestro hijo está ya en edad de entrar en un colegio—dijo cierto día la mujer al marido.

—Tienes razón; pensemos en ello, que el asunto lo merece—confesó el demagogo.

—Lo he meditado mucho y tengo mi elección hecha: llevémosle al colegio de los Jesuitas.

—No... no me parece mal... (Aparte: El caso es que acabo de escribir un artículo furibundo contra la educación jesuítica).

—Me alegro de que apruebes mi proyecto.

—¡No faltaba más! Los Jesuitas tienen muy buenos profesores..., buenos gabinetes..., educan a los niños con finura y esmero... y, sobre todo, nuestro hijo trabará allí relaciones con los de las familias más aristocráticas. (Aparte: Aunque soy demó-

crata, quisiera que mi hijo tuese principio).

No hubo más que hablar, y con escándalo de los demás pimientos riojanos de la población, el hijo del demagogo entró en el colegio de los Jesuitas.

Poco después tuvo lugar una asonada populachera contra los frailes, y nuestro hombre, que iba ya perdiendo su reputación demagógica, cogió aquella oportunidad por los cabellos, y ante la plebe más escogida y con las mejores formas tribunicias de su repertorio, pronunció una arenga petrolera contra Papas, curas y frailes, que podía arder en un candil, sin necesidad de torcida.

Quedó con esto quince codos encima de los más renombrados oradores; felicitáronle los clubs y las logias, le incensaron los gacetilleros y ocupáronse del asunto hasta los colegiales de los Jesuitas.

Reventando de satisfacción se presentó el orador en la sala de visitas del colegio. Hacía ya mucho tiempo que no había visto al colegial, y apenas lo tuvo al alcance de sus brazos, lo estrechó contra su pecho y medio se lo comió a besos. El chiquitín, en vez de corresponder gozoso a las caricias de su padre, se desasíó como pudo y rompió en amarguísimo llanto.

—¿Qué sucede, hijo mío, estás enfermo?

—No, señor...; no señor...; no es eso...

—Pues, ¿por qué lloras de esa manera? ¿No has sabido la lección?

—No, señor...; tampoco es eso...

—Entonces, ¿a qué fin desconsolarse de ese modo?

—¿No estás contento con el colegio? Dímelo; pero no llores... ¿Quieres volver a casa?

—No señor...; tampoco es eso...

—Pues ¿qué es?... Vamos, cuéntaselo a tu papá...

El niño enjugó sus lágrimas, y entre pausas y gemidos dijo:

—Que... que yo no quiero que tú te condenes.

—¿Qué, qué dices?

—Que no quiero que te condenes.

—¿Y por qué me he de condenar yo, niño?

—Porque has dicho un sermón contra el Papa, los curas y los frailes, y estás excomulgado.

—¿Quién te ha cantado esta música?... ¿Los Padres?...

¡Farsantes!... Ya les enseñaré yo a representar comedias.

—Han sido Aranguren y Goicoechea, que lo han oído contar a sus papás, y está castigado por haberme dicho hijo de *excomulgado*.

La indignación que las palabras del colegial produjeron al pronto en su padre, se convirtió en malestar, primero, y en abatimiento grande después. Seguramente no hubiera sobrecogido tanto a nuestro demagogo una verdadera excomunicación fuminada contra él por el Obispo, vestido de pontifical. Y es que los instrumentos de la divina gracia son tan desconocidos como ingenuos.

Porque han de saber mis lectores que aquel niño misionero tal efecto produjo con sus lágrimas y su candidez en el empedernido corazón y turbio entendimiento de su padre, que, pocos meses después el demagogo furbiundo y clerófobo sin rival era cristiano tan ferviente y práctico como su esposa, y tan jesuítico y clerical como el primero.

¿Dónde acaeció este suceso? No lo sé ni importa gran cosa a la moraleja de mi cuento. ¿Es acaso cuento o verdad? Tampoco debe preocupar esto a mis curiosos lectores.

Manuel Polo y Peyrolón.

CASOS Y COSAS

En París se ha celebrado un Congreso contra las ratas.

¿Qué remedio es el mejor contra las ratas?

¡Aquí de los sabios!

De los cuatro confines de Francia y aun de más lejos, han acudido a París técnicos en el arte o en la ciencia de matar ratas.

El Estado francés no podía desentenderse de tan importantísima cuestión y ha subvencionado el Congreso con cuarenta mil francos!

¿Cuáles han sido las trascendentales soluciones presentadas al Gobierno para acabar con las ratas?

El Congreso ha deliberado durante varios días; ha oído los discursos de todos los sabios-mata ratas y ha fijado como conclusión que el medio más eficaz para acabar con las ratas... son los gatos.

¡La novedad de la conclusión bien vale cuarenta mil francos!

Parece ser que los gatos franceses van a ser obsequiados con un banquete por su triunfo oficial; y que Micifuz y Zapiron van a ser condecorados con la Legión de Honor.

Portes Gil ha sucedido a Calles.

¿Cuál será su programa?

El lo ha dicho: la continuación y consolidación de la obra de Calles.

¿Y no se le ablandará el corazón ante tanta sangre y tanta lágrima derramada?

Malo es que se haya endurecido como agente principal del tirano que acaba de cesar, cuyo ministro de Gobernación fué.

Los instintos sanguinarios de las fieras, más se avivan cuantas más víctimas devoran.

Una sociedad protectora de animales, lacerado el corazón porque a los perros que vayan por las calles les espera un fin desastroso luego que son apresados por los laceros, ha resuelto construir para la comodidad y buena salud de los animalitos recogidos, ¿una perrera donde guardarlos? ¡no! un «Hotel de perros.»

—¿Donde va ese perro, señor?

—A su Hotel.

—¿Y ese hombre?

—¡A la posada!

—¿Y ese mendigo?

—¡A dormir bajo el puentel!

¿No les parece a ustedes que sería mejor construir hoteles para mendigos y obreros?

Bién está que a los perros no los martiricen, ni los maten ¡sino rabian ni muerden!; bien está que les construyan perreras porque así no son un peligro en las calles; pero ¿hoteles?

Y a lo mejor—o a lo peor—esas gentes que no se contentan con perreras para los perros, si les piden unas pesetas, no para un hotel de pobres, sino para un Asilo o un hospital, contestan que en este país no se puede ya vivir con tanta socaliña.

¡Un hotel para perros!

¿Qué pensarían de los ricos que lo sostuvieran los hombres hambrientos que no encontrasen pan ni trabajo para ellos y para sus hijos?

Hay refinamientos que son un veneno antisocial.

¿Es que no estaría mejor gastado ese dinero que sobra para los perros, en convertir los salarios individuales en familiares o en otras atenciones de justicia?

¿Es que no sería mejor emplearlo, si están satisfechas todas las obligaciones de justicia, en atenciones de caridad para con nuestros semejantes?

¡Ah es que esas gentes de los hoteles para perros no creen en la caridad!

¡Es verdad; por eso el demonio después de arrancarles la fe, los pone en ridículo!

—¿Y de «la cuestión religiosa» qué hay?

—Pues que unos dicen que ha pasado de moda y otros que no.

—¿Y V. qué cree?

—Que lo pasado de moda no es la cuestión, sino los trajes con que se la presenta; la cuestión está en pie. Unos días salen tronando contra la religión, tños con mostachos y pistolo; otros, chupatintas de redacción; otros, unos señores panzudos con muchos relumbres de oro y mucho crujir de sedas; otros, gente emborrachada de mando; otros..., los que sean; pero nunca falta en medio la cuestión religiosa, como una roca que ha de sostener diariamente mareas de todos los mares y huracanes de los cuatro puntos cardinales...

La cuestión religiosa es y será siempre la más honda preocupación de la humanidad.

Una francesa ha realizado una estafa de cien millones de francos

¡Vaya francesita!

Un diputado socialista prometió en el Congreso dar una lista de cómplices de la estafadora.

A los pocos días la lista no había venido, pero se había demostrado que el diputado acusador había sido redactor del periódico órgano de la estafadora y que lo que se proponía el diputado era desviar la atención hacia otro punto.

Al parecer la francesita y el diputado practicaban el comunismo con el dinero ajeno.

A. H.

Las Glorias de María, por San Alfonso María de Liguorio.—Novísima edición encuadrada en tela, que contiene prácticas devotas, himnos y jaculatorias en honor de la Sma. Virgen Precio: 3 PESETAS, franco de porte en toda España. De venta en esta Administración, Bellos, 3 Orihuela.

OBRAS

de

D. Adolfo Clavara

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Esta obra impresa en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se halla de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellos, 3 Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sientre sus criados, colonos, operarios feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa

Una acción...	4 peseta mensual
Media id.....	2 »
Un cuarto id.	1 »
Un octavo id.	0'50 »

Dirigir la correspondencia a don Diego Castaño, administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellos, 3, Orihuela, (Alicante).

Tip. LA LECTURA POPULAR.—Orihuela.